

ENCUENTROS EN VERINES 1992
Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

LAS PALABRAS DE LA TRIBU:

Escritura y habla

Pablo Ardisana

Creo recordar que Pedro Abelarso y el doctor Marañón vinieron a decir, más o menos, que la amistad es cosa más grande que Dios. Se entiende que el clérigo filósofo y el médico humanista eran, en la afirmación, un tanto hiperbólicos, pero yo tengo por entrañable certeza que la amistad es uno de los pocos dones, exactamente humano, que te hacen amable y amada la existencia. Sin embargo, más de una vez y más de dos, la amistad te juega embarazosas pasadas, te pone en no deseados aprietos, te hace sentirte más nervioso que en la sala de espera de un dentista.

El doctor en literatura Álvaro Ruiz de la Peña y un servidor somos, casi siempre, amigos del alma: él, el maestro; yo el discípulo. Lo de casi siempre es porque Alvarín es del Real Oviedo SAD y éste que os habla del muy noble adversario, el real Sporting SAD. Y también, lo de casi siempre, porque de tarde en tarde el doctor en Literatura me embarca en cosas que me marean, que me ponen al filo de decirle que un discípulo, por dócil y agradecido que sea, no debe hacer caso siempre al maestro, ya que hay eventos dados al desequilibrio emocional, porque no anda quien ya os aburre muy sobrio y fuerte en resistencia de las emociones, con lo cual se resiente el ritmo cardíaco, que lo cordial y emotivo es entramado muy hipersensible y frágil en algunas personas, y, más, en estos días, años y tiempos, que invitan al retiro cisterciense de Silos o Valdediós, y no a difíciles ejercicios literarios con escritoras, escritores y críticos, brillantes en exceso, expertísimos en enrevesadas dialécticas de encuentros y desencuentros, diosas y dioses de las tan variadísimas e increíbles combinaciones de los alfabetos.

Son como casi las doce y final de un día del mágico septiembre, el de la luz pulida en la rosa de los vientos de Otoño. Fuera la luna creciente acaricia las horas de los animales cuyos ojos solamente viven en los oscuros silenciosos. Dentro, en el lar destruido por lo que siempre se llamó cocina económica y además, ahora, con la compañía intoxicante de los quemadores de gas y el horno que siempre se estropea; dentro, digo, en la cocina rápida y casi rotundamente insípida que nos nutre, os escribo en connivencia con un perrillo, mitad golfo, se llama Arri, que o juega imitando, sin

saberlo, a un saltimbanqui picasiano, o duerme con respirar tan imperceptiblemente como micra de diamante arrojada en una de nuestras incomparables playas. Parece el sueño en el sueño, Lo miro para tranquilizarme y evitar los nervios que me sacuden a leer y releer una casi mitad de página con la firma de tan adorada Pilar Rubiera, en la que se da noticia de los Octavos Encuentros Literarios de Pendueles, a celebrar en la indiana casona de Verines, tan vecina al medieval templo consagrado a San Tocillo de Maremotuo, como se decía en nuestra vieja lengua asturiana, y San Acisclos como se dice en las tierras del Cid. Y es que cada instante que miro la casi media página pierdo las ganas de dormir. ¿Por qué? Porque releendo la panoplia de escritoras, escritores y críticos, sus nombres tan claros y reconocidos, elenco de lujo que, como siempre, convocó el bisnieto del tan ilustre don José de Caveda y Nava, este aficionado a las pequeñas letras se ve fuera de lugar y posición, que diría un geógrafo.

¡Vamos a ver! ¿Qué coño pinto yo acompañando a una de las mejores escritoras de Iberia y a un excelente profesor de Literatura y mejor poeta? Con Carmen Gómez Ojea y con Leopoldo Sánchez Torre no me veo haciendo terna... literaria. Y si estoy ahora con vosotros es por lo que antes, al principio, dije: las trampas de la amistad, que hasta lo más noble tiene trampas, y el saber aceptar, tan generoso, del profesor maliayense, académico de casi todo, Víctor García de la Concha. Nobleza obliga. Y que nadie vea en los dichos ni exageración, ni falsa modestia.

Vuelvo a la casi media página. Está ilustrada con una foto de la inolvidable Montserrat Roig. En la fotografía Montserrat tiene una ingenua y pícara expresión de colegiala traviesa que sonrío con todos los matices alegres de su rostro. Como aquí hay personas que saben muchísimo sobre ella sólo diré que, aparte de gustarme como escritora, un amigo de emociones y letras, Antón García, me dijo cuando nos dijo adiós: Montserrat era toda era toda una gran mujer.

....Sigo con el retazo del periódico. Obsesivamente reparo en lo de las palabras de la tribu : Escritura y habla. Y pienso, como ensoñándome, en mi pertenencia a la tribu del Valle de San Xurde, en la parte occidental del consejo de Llanes. El valle que aún hoy tiene cinco subtribus o parroquias, que no voy a nombrar, salvo de la que soy, teóricamente, feligrés: San Miguel de Fontoria, como dice un documento de 1385, mandado redactar por el obispo Don Gutierre. ¿Y las palabras? Creo que soy testigo, con unos pocos más, del ocaso de las palabras de mi tribu. Rotas y arrojadas al olvido por quienes debían haberlas conservado en alma creciente y corazón de latidos azules, verdes y platas. Fue un tiempo muy oscuro, que aún sigue, en el que nunca se respetó lo más íntimo, y en que jamás se adivinó, por alineación, que perder la entraña y música de los signos es disolverse en lo extraño, en lo que nada tiene que ver con la raíz del

nacimiento, con el tronco de las savias más puras y la copa donde anidan pájaros desveladores de albas y futuros...

¿Para que seguir? Recuerdo, desde la memoria de mi niñez, a aquellos vieyines que no sabían casi nada de la lengua del Quijote. Habían saboreado la luz en el pasado siglo, cuando la tribu era verdaderamente rural, campesina, de muy duros trabajos y de alegres y húmedas canciones. Aquellos vieyines que ya no volverán y lo que tan humildemente nos dejaron está, a cada instante, invadido y arrasado por una espuria impronta suburbial, como dijo certeramente un sociólogo, el ruido de todos los motores, el avasallador y estúpido consumismo, el culebrón inadjetivable, y un largo etcétera con hedor a dólar.

Vuelvo, por última vez, a la casi media página. Sobre la escritura y el habla se me abre una ilusión: que me lo vaya contando, con la música del Cant dels ocells, una indestronable reina de la escritura más hermosa y del claro silencio Carmen Riera